

Dejóse caer el ancla y echáronse los botes al agua. Colon bajó á ellos, seguido de su estado mayor, vestido como él de gran gala, y al cabo de pocos instantes, oprimía finalmente con sus rodillas, besaba amorosamente aquella tierra, prometida desde toda la eternidad á su fe y á su genio.

La navegacion habia durado del 3 de agosto de 1492 al 12 de octubre del mismo año; setenta días de los cuales se perdieron unos treinta y cinco, á consecuencia de la arribada forzosa á las Canarias.

Cuando Cristóbal Colon tomó posesion del nuevo mundo, no se acordó sino de lo que debia á Dios primeramente, y luego despues á España. Arengó á sus compañeros con aquella apasionada elocuencia cuyo prestigio han ensalzado hasta sus mismos enemigos, y terminó dirigiendo á Dios una plegaria que, convertida despues en oficial, se ha repetido siempre con motivo de todos los descubrimientos hechos por españoles en el antiguo y en el nuevo mundo. Plantó en seguida en el suelo el estandarte de la cruz, dió á la isla el nombre de San Salvador, y desenvainando su espada, declaró que tomaba posesion de aquella isla «en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, por la corona de Castilla.»

Todos los asistentes, con el estado mayor al frente, le aclamaron al punto Gran Almirante, virey y gobernador general, y le prestaron juramento de obediencia, suplicándole que olvidara sus agravios.

En aquel momento, repuestos algunos naturales del terror que habia debido causarles un espectáculo tan extraño para ellos, se acercaron á los españoles; la acogida que recibieron atrajo otros; muy luego fueron mútuas la confianza y alegría, los cambios, las comidas en comun, los ensayos de conversaciones, los juegos, las danzas, las visitas á bordo comenzaron para no terminarse hasta la noche. Así terminó entre la comun alegría aquel día, al que debian seguirse tan de cerca tantos años de miseria y opresion para los habitantes del nuevo mundo.

Nefasto aquel día en concepto de los que demasiado apegados á lo presente, no han visto en el descubrimiento de la América sino una era fatal para los dos mundos; feliz en concepto de los que, fijas las miradas en el porvenir, han visto en él un grande hecho volviendo á la humanidad á su unidad primitiva; aquel día, y dispénsenos ese detalle vulgar, ha dado armas iguales á la supersticion y á la razon.

Para la una ha confirmado, para la otra ha ayudado á combatir la mala fama del viérnes. Efectivamente, un viérnes habia Colon dádose á la vela en Palos, y tambien un viérnes, á los primeros albores del día vió desarrollarse pliegue á pliegue aquella isla color de esperanza, que él saludó con el nombre de Salvador.

¿Quién lo creyera? Apénas se hubo descubierto, fué descuidada, olvidada, perdida, aquella vanguardia del nuevo mundo, aquella primera tierra americana donde la civilizacion depositó la primera semilla de sus frutos tan amargos todavia

actualmente. Ya se la designaba inexactamente en el primer mapa que se hizo del nuevo mundo, mapa levantado por uno de los compañeros de Colon.

Para un hecho tan extraño no hay más que una sola explicación: la isla de San Salvador no producía oro.

Mucho tiempo después de su descubrimiento, cuando se trató de descubrirla otra vez, por un objeto meramente científico, vieronla unos en una de las islas Turcas, otros en la grande *Inagua*, otros en la pequeña *Inagua*, el mayor número en la isla del Gato: *Cat-Island*, este es el noble nombre con que la bíblica Inglaterra ha rebautizado la isla de San Salvador.

De este modo fueron sucediendo las cosas durante siglos, aunque es verdad que en 1836 exclamaba el autor del *Cosmos*: «Se han conservado minuciosamente los nombres y apellidos de los marinos que pretendieron haber sido los primeros en reconocer una porción de un mundo nuevo, y nos veríamos reducidos á no poder juntar estos recuerdos á una localidad determinada, á mirar como vago é incierto el lugar de la escena!»

«Afortunadamente, añade él mismo, me encuentro en estado de destruir estas incertidumbres.» Y sobre esto presentaba una versión que, merced á la autoridad tan justamente concedida á su nombre, debía, efectivamente, destruir las incertidumbres, pero no reconstruir la verdad.

Más afortunado que Humboldt, pero sin estar más orgulloso de ello, nos encontramos actualmente en estado de dar aquí la solución final del problema, cuya solución muy reciente pertenece á M. Ad. de Varnhagen.

La isla cuyo nombre primitivo de *Guanahari* cambió Cristóbal Colon en el de San Salvador es la que, en nuestros mapas, corresponde al nombre de *Mayaguani*.

De este modo se encuentra finalmente fijada esta isla más errante que no lo fué en otros mares la flotante Delos. Esta isla que vió nacer á Apolo y Diana, llevó, como San Salvador, más de un nombre, y ¡quién sabe si el gracioso mito de Latona no es un velo, piadosamente echado por un poeta sobre las equivocaciones de algunos sabios prehistóricos!

Segun ese poeta indulgente, no sería la ciencia, sino la isla de Delos que hubiera errado. La hormiga, que «no es prestamista,» ha recibido muchas veces, sin jactarse de ello, semejantes limosnas de la cigarra.

¿No se debe también á ésta un apólogo,—véase como una fábula trae otra,—que no puedo resistir, mi querido sobrino, al deseo de contártelo?

Más adelante ya encontraremos la manera de aplicarlo á nuestro asunto.

El verano pasado, á mediados de julio, estaba yo tendido á la sombra de un olivo de mi querida Provenza, sin más compañía que algunos miles de cigarras. ¿Qué hacían allí aquellas cantoras? Cantaban, «en paz sea dicho.» Ébrias de luz y calor, cantaban á todo prójimo el himno triunfal del estío, y cosa rara, aquella

música de circunstancia, si la había, no despertaba en mí más que ideas frescas, vaporosas imágenes: yo veía, no precisamente la luna en mitad del día, pero la aurora y sus rosas, y sus lágrimas, y su viejo marido convertido en cigarra, y yo me preguntaba si la ciencia que nos ha tomado tan bellas y dulces cosas, vale la poesía que nos las dió.

Plantado de esta manera el problema, iba yo á resolverlo en desventaja de la hormiga, cuando, contenido sin duda por un postrer escrúpulo, exclamé:—Dulce cigarra, ¿qué opinas tú de esto?

La cigarra me contestó en la lengua y á la manera de Esopo, y excepto la lengua, el ritmo, la armonía y el hechizo, hé aquí lo que me cantó:

«Meditando Jason la conquista del vellocino de oro, hacía construir á sus futuros compañeros de armas el buque que debía llevarles á Colchos. Viendo que desplegaban poco celo en dicho trabajo, les prometió que una vez terminado el buque, y totalmente dispuesto para hacerse á la mar, le concedería Minerva el don de la palabra. Oráculo flotante de esta diosa, les daría en el camino prudentes consejos, y por medio de cantos dignos de los dioses, les haría inmensamente agradables las largas horas de la travesía.

»Sin embargo, estando ó pareciendo llenadas todas las condiciones, dispuesto al parecer para hacerse á la mar el buque aparejado, armado y montado por su tripulación, no se movió ni habló tampoco más que un hastial ó un pez, y los Argonautas se encolerizaron contra su jefe. Minerva se les apareció entónces, y les dijo:

«—Jason no os ha engañado; ¿pero vosotros no habeis olvidado algo en el armamento de vuestro buque?

«—Minerva tiene razón, exclamó unánime la tripulación, somos unos marinos extraños, pues que nos hemos olvidado de las velas.

»Y las velas, que se habían quedado en tierra en casa del tejedor, se trajeron, ataron al palo, y se desplegaron.

»Pero como ni por esas hablara más el buque *Argo*, repitió Minerva su pregunta:—¿No habriais acaso olvidado algo?

«—La diosa tiene razón, exclamó también la tripulación, ¡qué marinos de agua dulce somos! ¡hemos olvidado el lastre!

»Traído el lastre y puesto en su lugar, comenzó el buque á mover sus velas; su proa se bojeó como el pecho plateado de un cisne, y deslizándose lentamente sobre las aguas, gritó tres veces: «¡Adelante!»

Esta fábula nos enseña, mi querido sobrino, que el lastre,—aquel lastre de que tampoco debe abusarse, no es ménos necesario á un buque—y á un fabulista—que las velas.

Estas nos permiten hacernos mar adentro, el otro impide inclinarse á derecha é izquierda en perpétuas digresiones.

Sin las velas ó las alas, porque todo es igual, la historia que te doy aquí de un héroe á un tiempo mismo cigarra y hormiga, sabio y poeta, esta pobre historieta no se elevaría nunca sobre de los pormenores técnicos; pero sin estos detalles que le sirven de lastre, quizás hablaría de la misma manera, pero hablaría como tantas otras, sin decir nada; y entónces la hormiga se burlaría gustosa de la cigarra.

La historia de Cristóbal Colon ó del descubrimiento del nuevo mundo, es la historia de una idea confirmada por un hecho, idea y hecho igualmente científicos: de ahí la imposibilidad de hacer jamás de ella una obra de imaginación, un poema. Pero aun cuando lo permitiera la materia, retrocedería la musa ante la abundancia, la precisión y la notoriedad de los documentos, debidos en su mayor parte al mismo héroe. Si Aquiles, Ulises y sus compañeros hubiesen dejado Memorias tan completas como las de Colon, de Las Casas, de Hernán Cortes, sin hablar de cartas y otros documentos de que rebosan los archivos de Simancas, no tendríamos ni la *Iliada* ni la *Odisea*: sería esto sensible, pero ¿qué hacerle?

Aquí mismo, en la confianza de una conversacion de tío á sobrino, me reprende Colon el intercalar mucho de mi propia cosecha; y tiene razón: ¿qué le importan al lector las impresiones que yo podría atribuir á mi héroe, cuando él mismo ha dejado la ingénua y circunstanciada relación de sus impresiones; cuando con la misma mano que grabó en el bronce, como lo veremos más adelante, unas lamentaciones dignas de Job, estampó día por día en un papel no ménos duradero, los menores detalles de su llegada al nuevo mundo? En mi concepto, la historia mejor de Cristóbal Colon, sería la colección de los escritos de ese grande hombre, acompañada de comentarios, que cada cual sería libre de no leerlos.

Estas pocas páginas siguientes darán una idea de lo que sería esta historia. En ellas se verá con toda ingenuidad la total impresión que produjeron la una en la otra dos ramas de la raza humana, por la primera vez aproximadas desde el día misterioso del gran divorcio.

«Queriendo ante todo, dice Colon, inspirar amistad á los habitantes de esta isla, y seguro, al verles, de que se fiarían más de nosotros, y se inclinarían mejor á adoptar nuestra santa fé, si para atraerles á ella usáramos más bien de dulzura que de violencia, di á algunos de ellos dos gorros de distintos colores, y sartas de perlas de vidrio, de las que se hicieron en seguida collares. Á esto añadí otras bagatelas que les hicieron tan gozosos, tan agradecidos, que nos dejó á todos muy admirados. Así que nos vieron otra vez á bordo de nuestras naves, se echaron en seguida á nado, y vinieron á ofrecernos papagayos, hilo de algodón, zagayas y otros muchos más objetos, en cambio de los cuales les dábamos perlas de vidrio, cascabeles y otras cosas. Tomaban todo lo que les dábamos y daban todo lo que tenían, pero me parecieron extremadamente pobres en todo.

» Los hombres y las mujeres van desnudos como al salir del seno de su madre...

muy bien formados por lo demás y de rostro agradable. Sus cabellos, gruesos como crines de caballo, les caen por delante hasta las cejas. Por detrás dejan crecer un largo mechón de ellos... no tienen el pelo crespo... Estos hombres son á la verdad de excelente raza: tienen la frente y la cabeza más anchas que los demás naturales que he podido ver en mis viajes; sus ojos son hermosos y grandes, sus piernas muy rectas... su estatura alta... sus movimientos graciosos. Algunos se pintan de color negruzco, pero naturalmente son del mismo color que los naturales de las islas Canarias... Varios de ellos se pintan de blanco, de rojo, ó de cualquier otro color, ya el cuerpo entero, ya el rostro ó los ojos, ó hasta solamente la nariz. No tienen armas como nosotros, y hasta ignoran lo que son. Cuando yo les enseñaba sables, los cogían por el filo y se cortaban los dedos. Tampoco poseen hierro. Sus zagayas son unos palos á los que se adapta un diente de pez ú otro cualquier cuerpo duro y agudo.

»Habiendo observado que algunos de ellos tenían cicatrices en el cuerpo, les pregunté por medio de signos cómo y por quién habían sido heridos, y me respondieron de la misma manera, que los habitantes de las islas cercanas iban á atacarles para prenderles, y que ellos se defendían. Yo pensé que en efecto van allá de tierra firme para hacerles prisioneros y esclavos, con mayor motivo porque deben ser servidores fieles y muy dulces. Repiten aprisa y fácilmente lo que oyen, y creo que sería fácil convertirles al cristianismo, porque no me parece que pertenezcan á ninguna secta.

»El sábado 13 de octubre, al asomar el día, vimos acudir á la orilla muchos jóvenes y de muy elevada estatura... acercáronse á mi buque en piraguas hechas de un solo tronco de árbol, y trabajadas de una manera sorprendente para un país tan pobre. De aquellas piraguas, las unas podían llevar de cuarenta á cuarenta y cinco hombres; otras eran más pequeñas, y algunas tan pequeñas que un solo hombre las llenaba. Por remo tienen una especie de pala de panadero, de la que se sirven con mucha habilidad. Cuando zozobra una de dichas piraguas, se echan á nado todos los que se encuentran en ella, la levantan y quitan el agua que se le entró con el auxilio de calabazas, que á ese efecto llevan atadas al cuerpo... Habiendo observado que algunos llevaban como adorno un granito de oro colocado en un agujero que tienen en la nariz, llegué á saber, pero siempre por signos, que navegando al sud de su isla, descubriríamos una tierra cuyo rey poseía grandes vasos de oro y una gran cantidad de dicho metal... Habiendo resuelto al instante navegar en dicha dirección, llegada la tarde del día siguiente, les invité á que me acompañaran, pero se negaron, por lo que comprendí que iban á menudo á atacarles del país del cual me hablaban... Los habitantes de esta isla son dulces: es verdad que halagados por los objetos que les dejamos ver, sucede á veces que, no teniendo nada que ofrecer en cambio, los ocultan y se salvan á nado llevándose los;

pero dan de buena gana todo lo que poseen por nuestras menores bagatelas, hasta por pedazos de plato ó de vidrio roto: de uno de ellos vi que dió unas treinta libras de algodón hilado por tres de nuestras monedas más pequeñas... El algodón es una de las producciones de esta isla; no queriendo detenerme más tiempo en ella, sería imposible saberlas todas. Por igual motivo, y queriendo probar de aportar en Cipango, faltame tiempo para hacer buscar dónde se procuran el oro que llevan en su nariz los habitantes de esta isla. Llegada, empero, la noche, todos se han vuelto á tierra en sus botes.»

Conforme lo había resuelto, emprendió Colon desde el día siguiente la exploración de las costas de San Salvador. En todas partes encontró entre los naturales, igual acogida é iguales costumbres, excepto, en algunos sitios, unas chozas toscamente construidas en forma de tiendas, y deliciosos huertos donde se desarrollaban legumbres, árboles frutales, y en dichos jardines, «los más hermosos que jamás vió,» fuentes de agua dulce muy abundantes, y lo que, en su boca, se convierte en un rasgo de carácter, «piedras propias para edificar iglesias.»

Los habitantes, llegados hasta él á nado ó en piraguas, insistían para que desembarcara; pero el temor á los arrecifes le obligó á hacerse mar adentro, y muy pronto se encontró rodeado de tanta multitud de islas, que no sabía á cuál dirigirse: «sus ojos, dice él mismo, no se cansaban de admirar *unos verdoros* tan bellos y tan diferentes de los nuestros, y llegaba de tierra un olor tan bueno y suave, que era lo más dulce del mundo.»

Determinóse finalmente por la isla que le parecía la mayor de todas y tomó posesión de ella en las formas acostumbradas; como en San Salvador, hizo levantar en ella una cruz, y dió el nombre de Santa María de la Concepción á la segunda tierra donde había desembarcado. No habiendo hallado en ella ni oro ni nada que debiera retenerle, continuó sus exploraciones, desembarcando en otra isla que llamó Fernandina en honra del rey de Aragón. Allí encontró materia para observaciones, á las que su forma ingenua da un atractivo de que yo no quiero privarlas. «Por las costumbres, dice, el lenguaje y por todo, se parecen los habitantes de Fernandina á los de las demás islas, con la única diferencia de que usan algunos vestidos y son menos salvajes y más finos..... saben comerciar mejor que los demás. No he hallado ninguna huella de religión, y creo que se harían fácilmente cristianos, porque tienen mucha inteligencia.

«Los peces, en estas islas, difieren maravillosamente de los nuestros; los hay que tienen forma como de gallos y cuyos colores son los más bellos del mundo; los hay azules, amarillos, encarnados, y de otros colores, todos tan maravillosos, que no hay nadie que no se complazca en gran manera al verlos.....

«Esta isla es muy verde, de superficie plana y muy fértil..... Vi en ella muchos árboles, algunos parecidos á los nuestros, pero la mayor parte diferentes, tanto

como el día y la noche. Así, por ejemplo, en uno de estos árboles, una rama tenía las hojas como las de la caña y en otra como las del lentisco, y estos árboles, que reúnen cinco ó seis formas diferentes, no son ingertados, como podría creerse atribuyendo semejante diversidad á los efectos del ingerto. Muy diferente de esto, nacen y crecen sin cultivo en las alturas y en los bosques.

Esta última observación, una equivocación, se explica por la multitud de plantas trepadoras ó parásitas propias de la flora del nuevo mundo. No nos pese este error casi infantil de un grande hombre; jamás nos han dado una idea tan viva de la opulenta vegetación de los trópicos los Chateaubriand, los Cooper, los Humboldt, con toda la magia de sus descripciones.

Muy pronto se le ofreció otro espectáculo mucho más maravilloso todavía por una nueva isla, que, por razón de su belleza, se apresuró á saludar con el nombre de Isabel. Sus habitantes la llamaban *Saometo*. Era la más importante de las que hasta entonces había visto. En ella encontró vastos bosques, grandes lagos que esparcían un delicioso fresco, aves de colores más vivos, de formas más variadas, de canto más melodioso.

Los demás animales eran allí también menos raros, de especies más diversas, de mayor tamaño, uno entre otros, el iguano, especie de lagarto gigantesco, cuya semejanza con el cocodrilo, ó á lo menos con las figuras que entonces se publicaban de él, fué causa de que se le tomara un tiempo por uno de los horribles saurianos. Teniendo Colon á dicha emplear su valor en tranquilizar á sus hombres á quienes espantaba siempre lo desconocido, no vaciló en atacar al monstruo; se precipitó sobre él, espada en mano, le persiguió hasta las aguas de un lago y no retrocedió hasta después de haberle dado muerte con satisfacción general. La piel, que se trajo á Europa, media siete pies de largo, dimensión que no alcanza la iguana de nuestros días.

Más de una vez, sin duda, se reiría Colon de este trofeo, cuando supo que aquel monstruo, de tan terrible aspecto, con su enorme papera, su larga y fuerte cola, su espina dorsal enteramente dentellada en forma de sierra, sus garras movibles y puntiagudas, es un sauriano de costumbres tan dulces como nuestro lagarto de pared, y tan amigo del hombre que se deja comer por él.

Pero ni esta fácil hazaña, ni otras pruebas más reales, ni tantos objetos nuevos, que á cada paso ejercitaban su penetración, embriagaban sus sentidos, exaltaban su alma, ni nada finalmente de cuanto hubiera detenido, ó á lo menos retardado á otro cualquiera, hacía olvidar á Colon el fin práctico de su empresa, y las promesas que le habían valido la protección de los dos reyes. El oro con que les había deslumbrado de antemano, aquel oro que debía pagar su cooperación, y, trocado en hierro, rescatar el sepulcro del Cristo, hé aquí lo que no cesaba de perseguir según indicios de cada vez más estimulantes.